

La respetuosa decencia

La decencia, del latín *decere* (convenir), es lo que conviene hacer o decir para no contravenir el orden público, moral o religioso. El pudor está considerado como la primera señal de decencia. Según su etimología, *pudere* (tener vergüenza), el pudor se expresa mediante la vergüenza, en el plano físico a propósito de ciertas partes del cuerpo diversamente mal consideradas según las culturas, en el plano psicológico a propósito de ciertos sentimientos cuyos criterios también varían. Se tiene por gente sin vergüenza, del latín *verecundia* (temor respetuoso), a quienes dejan transparentar su verdadera naturaleza fisiológica o mental, que no siempre resulta agradable de conocer.

Si, desde que se estableció, el monoteísmo hizo del pudor y de la decencia los pilares del deber de piedad —ya lo hemos visto— sólo los romanos, entre los politeístas, sintieron la necesidad de invocar a dos pequeñas diosas tutelares para esos temas. La decencia es social, el pudor personal.

La ocultación en sociedad de las partes sexuales del individuo, partes por regla general reputadas de «vergonzosas», ha parecido durante mucho tiempo una señal de civilización, con todo lo que ese término tiene de restrictivo. Ese criterio prevalecerá sobre todo de los siglos XV a XX: la pagana desnudez griega no tiene, a los ojos modernos, otra excusa que la perfección de las obras de arte que la representan amorosamente. Según la moral occidental, el salvaje, desnudo y sin fe (la nuestra) no se vuelve del todo ser humano hasta que ha sido hecho decente por la ropa y purificado por el bautismo. ¡El uno no va sin la otra!

Pero, finalmente, ¿cuándo, cómo y por qué han entrado la vergüenza y su prevención, el pudor, en las costumbres de una parte de los habitantes de nuestro planeta hasta volverse indisociables de los contextos socioculturales tradicionales, mientras que ciertas poblaciones parecen poco afectadas por vivir igual que nacieron, siempre que la necesidad de ropas protectoras no se deje sentir, bien por la gracia de un buen clima, bien por el milagro de una adaptación fisiológica a un mal entorno? Sugerir la necesidad biológica entre los orígenes del comportamiento no supone caer en lo novelesco. A su tiempo, más tarde, aparecerán las creencias y los códigos morales, todo ello de forma natural.

Una sociedad, incluso la sociedad reducida a su más simple expresión de grupo, es una organización de lucha contra la hostilidad del entorno. Para conservar sus oportunidades, importa que en su seno haya cohesión y, sobre todo, no-violencia. Es tan contagiosa la violencia. Por lo tanto, es posible que lo que nosotros llamamos decencia y pudor haya permitido minimizar de este modo eventualidades de enfrentamiento (paz social) o riesgos de preñez (seguridad personal).

¿Qué ocurría con la preñez? El *homo* ha perdido, en el transcurso de su evolución, el instinto de conservación de

la raza propio de las especies vivas en provecho del control razonado de la conservación individual; una de las primeras preocupaciones de la humanidad consciente fue, sin duda, limitar el nivel de la población a la altura del potencial de subsistencia. Ese fenómeno se observa también en los animales sociales porque, en cualquier caso, es una forma de instinto de conservación de la raza: en caso de crisis, en caso de exceso de jóvenes o de viejos, se elimina a los que resultan una carga, llegándose, en el peor de los casos, a sacrificar una parte importante del grupo a fin de conservar para los más fuertes todas las posibilidades de supervivencia.

Las exhumaciones de fósiles de los primeros humanos prueban que las bandas fueron durante mucho tiempo reducidas, sobre todo en períodos climáticos penosos. El infanticidio, en particular el femenino, el abandono de los viejos, los enfermos o los heridos siguen siendo habituales en las sociedades residuales, en un medio hostil. Pero, tal vez debido a la rareza de la especie y a su reproducción, la hembra del género humano se beneficia de ciclos fecundables más largos y más repetidos que el resto de los mamíferos. Indudablemente, no parece que sea otra cosa que un medio de nuestras lejanísimas abuelas para sustraerse a la maternidad permanente y a menudo inútil: sustraerse asimismo al asalto de los machos siempre dispuestos a satisfacerse. Disimular el cuerpo desnudo, que era lo que sobre todo provocaba el deseo. Es decir, evidentemente, el sexo. Ese «acontecimiento» tuvo lugar, tal vez, en regiones o estaciones frías, debido a la promiscuidad de los refugios nocturnos, lo cual explicaría la indiferencia al desnudo de los pueblos tropicales, que viven al aire libre.

También tienen en cuenta los etnólogos otro origen, o un origen conjunto, de la prenda que oculta el sexo femenino, a saber, la necesidad de disimular o retener el flujo menstrual, para comodidad personal por supuesto, pero

también por razones de seguridad pública: la sangre derramada de ese modo podía atraer a los carnívoros o a los enemigos del clan vecino. Razón, además, de la exclusión en las poblaciones primitivas, e incluso en nuestro tiempo.

¿Inventó la mujer de este modo la ropa? Sólo tenemos el argumento de la lógica para afirmarlo. (¡De ahí a decir que fue ella la que también inventó la coquetería no hay más que un paso, pero es un paso poco seguro! Adorno y lujo correspondieron, durante muchísimo tiempo a una demostración de poder. ¡La mujer elegante siempre sirve, muy a menudo, de vitrina a su compañero!)

«Lo que denominamos el sentimiento de pudor existió antes de tener un nombre⁷». Si ese pudor terminó volviéndose un deber fue porque es el hombre, precisamente, el poder. Queriendo conservar el gobierno de la mujer, se apropió, mediante la ley del más fuerte, del control de esa tentativa de libertad, la gestión de un cuerpo que él pretendía utilizar en provecho de su beneficio personal.

Al estructurarse los grupos en sociedades generalmente patriarcales —¡antes incluso de la ganadería, querido Engels!—, la obligación del pudor vuelta casi natural, por no decir instintiva, adoptó a buen seguro forma de ley consuetudinaria. De ahí que, en los sistemas teocráticos que han heredado los occidentales, bastase con señalar a los infractores, y sobre todo a las infractoras, como culpables del famoso pecado de que hablábamos y fautores de desorden para gran enfado del Altísimo.

En cuanto al hombre, ya que lo citamos, no es por ello menos hombre, y la desnudez no deja ignorar nada de algunas de sus aspiraciones, revelación no forzosa del gusto de todo el mundo, empezando por él. Se disimulan con más facilidad los sentimientos que los impulsos. La primera ropa fue, sin duda, muy práctica para materializar también en él el «pudor corporal».

Otra precaución muy importante, común a la pareja, y

tal vez la primera: poner a salvo el vulnerable y precioso potencial sexual, porvenir de la raza, no sólo de los golpes bajos de sus contemporáneos o de los peligros del entorno, como por ejemplo heridas por caídas o agresiones de animales, sino también de las intrusiones de lo invisible. Ese temor nacerá con las nociones culturales. ¿No estamos rodeados de potencias ocultas y malignas, prestas a tomar posesión de los humanos penetrando por los orificios del cuerpo para provocar en él dolores, hemorragias, enfermedades, abortos, locura... como penetran por las heridas para infectarlo?

Antes de evocar el pudor, parece más adecuado tomar en cuenta aquí esas creencias para explicar la posición del esqueleto de un protoaustraliano cuyo último sueño comenzó hace unos treinta mil años, en el pleistoceno superior. Fue descubierto, en muy buen estado de conservación, cerca del lago Mungo, en el sur del continente. Recostado en tres cuartas partes y con las piernas apenas encogidas, mantiene las manos cruzadas sobre el bajo vientre. No ha quedado nada de una eventual vestimenta.

Entre los pueblos desnudos, la postura es un hecho de gran importancia. Éliane Gherardi-Dorst ya lo había subrayado durante su intervención en las Jornadas de encuentro de 1979, *Vestidos y sociedades*. «La necesidad vital de conservar el calor del cuerpo lleva a actitudes acostadas o a posturas de encogimiento, con las rodillas apretadas; se hace desde luego por respeto hacia los demás, pero sobre todo para preservarse de brujos y de genios malos.»

De este modo, la ocultación material o gestual de los órganos genitales, que nosotros llamamos pudor o decencia, al principio no fue otra cosa que una simple medida de seguridad moral o física. Hay que recordar que la desnudez rara vez es total cuando los grupos superan el pequeño estadio familiar.

Pero no todo es tan sencillo, la ocultación del bajo vien-

tre en su acepción de respeto hacia los otros y hacia uno mismo no puede ser más que simbólica. El respeto es una convención.

El mero hecho de llevar un cinturón es ya un paso en la indumentaria. Mejor dicho, mucho más que la más elemental de las ropas, y tan irrisorio que algunos no ven en él otra cosa que un accesorio facultativo, el cinturón lleva en sí todo un rico simbolismo. No se equivocaban los egipcios: entre ellos, las esclavas femeninas no llevaban con frecuencia nada más que un cinturón. ¿Por qué hacer gastos superfluos con una esclava?

Pero las concepciones judeocristianas del pudor quedan algo perturbadas al constatar que ciertas sociedades africanas, indoamericanas u oceánicas todavía se contentan para su vida cotidiana con un lazo alrededor de la cintura o una sarta de lo que nosotros tomamos por simples adornos y que en realidad son amuletos o fetiches. ¿Adorno protector únicamente? No es muy seguro, pero en cualquier caso, fórmula de cortesía tan válida en el medio que la practica como la ocultación efectiva del particular. El pudor, lo mismo que el impudor, no tienen forzosamente, por proceder de un código moral, que adornarse con los velos del hábito o del lenguaje.

El cinturón, tan precioso y necesario, ha terminado por designar incluso en su ausencia la parte del cuerpo que debe recubrir. Por fino que sea, de todas sus funciones mágicas y sociales, la principal sigue siendo la protección de la parte más vital del individuo, por debajo y por encima de la cintura, los órganos de digestión y los órganos de reproducción. Durante mucho tiempo se ha asimilado el cordón umbilical a un cinturón natural. Y el cinturón/cintura/ropa también es, por analogía del vaivén, la representación del cordón de vida.

Otra rudimentaria protección sexual, más eficaz materialmente y muy poco simbólica, dado que subraya sin

equívoco la virilidad, es la funda peniana que constituye el único vestido masculino de ciertos pueblos llamados desnudos. Como en el caso del cinturón, que por regla general lo mantiene y basta para el respeto y la magia, no puede hablarse de accesorio, sino de vestido en el sentido propio de la palabra, porque la funda reviste, envuelve y protege el miembro en cuestión, subrayándolo, por supuesto, como una manga rodea el brazo. El turista es muy libre de hacer la foto de un portador de funda peniana entre los recuerdos más imborrables de su viaje: lo único que demuestra con eso es lo mal que piensa la civilización occidental.

Montaigne, ese excepcional civilizado occidental, burlón con las «necesidades de la humana prudencia», también pensaba mal de vez en cuando. ¿No sugirió acaso que «si se oculta una parte del cuerpo es para concentrar más sobre ella la atención»? Nuestro hombre desnudo podría replicarle que es estúpido no hacerse reconocer como tal, sobre todo porque la virilidad es a un tiempo causa y manifestación de su poder. Por otra parte, en la época de Montaigne, época de gentes vestidas si las hubo y tironeadas entre la gazmoñería sospechosa de la Reforma y la tartufería taimada de la Contrarreforma, las calzas o incluso las escarcelas de las armaduras poseían, por comodidad, una abertura disimulada o más bien subrayada por exuberantes adornos.

Esa «bella y magnífica bragueta» cuyo relleno ostentatorio celebraba Rabelais (*Gargantúa*, I, capítulos VII y III, capítulo VII), desapareció bruscamente a finales del siglo XVI, tal vez bajo las amonestaciones de personajes como Montaigne: «El vano e inútil modelo de un miembro que honestamente no podemos nombrar, que no obstante mostrábamos y paseábamos en público» (*Essais*, I, cap. XXIII).

La funda peniana es infinitamente menos obscena que esos efectos del arte. Ni siquiera lo es, de otro modo no tendría cabida en la historia de la ropa. Por hablar sólo de

la cuenca mediterránea, los libios de la alta Antigüedad, los protocretenses o los guerreros y los gimnastas griegos recurrieron a ella para protegerse como siguen haciéndolo con frecuencia los cazadores-recolectores de las regiones tropicales. Así, en Amazonia, Claude Lévi-Strauss señala: «Entre los bororos, a la funda peniana se reduce toda la vestimenta.» El *bayagon* neocaledonio o el *hamba* de Nuevas Hébridas se llevan para el trabajo de los campos. Se trata de un simple trozo de hoja de banano, que enrollan después de calentarla. En los días de fiesta, en Nuevas Hébridas, la pariente más cercana —pero no la esposa, porque hay en ello cierta especie de tabú— confecciona un trenzado tubular de hojas de *pandanus* teñidas y deshilachadas previamente. Luego ese trenzado se levanta por debajo de un cinturón de fibras trenzadas, al que lo fija una larga espina. En cambio, el traje de ceremonia de la selva caledonia exige que se arrastre por el suelo la punta de una funda larguísima de corteza machacada, *tapa* o *siapo*. Con él, la marcha queda considerablemente obstaculizada, y eso es lo que constituye todo su encanto. Esa desmesura, que simboliza la fuerza viril, expresa el deseo de perennidad de estas poblaciones residuales, de supervivencia precaria según dicen los etnólogos.

Encontramos el empaquetado de hojas, en esta ocasión de la palmera *ilala*, en el noreste de Zululandia, y permite a los tongas estar a salvo cuando pescan a orillas de ríos infestados de sanguijuelas. En cuanto a los sans, a los que en inglés se llama impropriamente *bushmen* (hombres de la selva) y en francés *bochimans* [bosquimanos], siguen viviendo en medio de una simplicidad edénica en el fondo de su desierto del Kalahari, en Namibia, y no se preocupan siquiera de una funda... Lo que les preocupa es... la otra cara del problema, si podemos decirlo así. Por eso no salen de caza sin un protector de nalgas, cuyo cinturón, situado en la parte baja de las caderas, se limita a mantener apreta-

do bajo el vientre su miembro. En cierto modo se trata de un *string* al revés.

Los hotentotes han adoptado en la actualidad una funda de cuero, mientras que en el siglo XVIII, cuando se les conoció, iban completamente desnudos o utilizaban una pequeña piel de animal pasada entre las piernas y fijada por el inevitable cinturón. De cuero son también las fundas de los famosos «hombres-trompeta», los cazadores sombas del norte de Benin, cerca de la frontera con Nigeria. Cuero adornado de pirograbados que pasa bajo una correa. Eso mismo se encuentra en el norte de Costa de Marfil, entre Korhogo y Ferkessedugu, o al oeste, en los contrafuertes marfileños del Futa-Djalón entre los yacubas... por citar únicamente esos ejemplos, porque también están los bosquimanos, perdón, los sans, en fin... sus antepasados, no confinados en el Kalahari como en la actualidad, sino desparramados un poco por todas partes en el África del Sur y en Rodesia, que cuentan al menos con 150.000 pinturas rupestres localizadas pero siempre datadas de forma imprecisa, tal vez ocho o diez mil años antes de nuestra era. La ocupación humana se remonta al primer *homo*.

Estos petroglifos o esas pinturas descubiertas en el período de entreguerras son completamente extraordinarias, no porque representen personajes, cosa más corriente en esas regiones que en Europa —incluso si tenemos en cuenta la suma de documentos revelados aquí—, sino porque esas figuras que dan brincos están dotadas de extraños y a veces desmesurados accesorios penianos colocados y adornados de tal forma que durante mucho tiempo se ha creído, siguiendo al abate Breuil, en infibulaciones monstruosas. Tales accesorios van del manojito de plumas a las hojas de largo péndulo pasando por una especie de canillas, de bastones, de látigos... ¡Nunca se ha visto un enjaezamiento semejante ni soportado de forma tan alegre! Todas las uni-

versidades se han perdido en conjeturas sobre la utilidad o el simbolismo de tales prácticas. Fue precisa la guerra para interrumpir un período de coloquios y de intercambio de artículos perentorios. Luego las teorías del abate Breuil fueron enterradas con él, en 1973, y se ha terminado considerando esas extrañas arborescencias como los adornos elegantes o rituales de fundas penianas móviles, algo así como las fundas de ceremonia caledonias, los *ampallangs* indonesios o los *ngwatis* de los kikuyos.

Después de todo, ¿por qué no? La moda se pone de manifiesto en los menores detalles, incluso entre gentes que no tienen más soporte de su elegancia natural que una pluma en el pelo o un trofeo de felino como sombrero. ¿Por qué en la actualidad los bosquimanos han abandonado estas prácticas, y desde hace cuántos siglos? Tal vez nos lo digan un día las investigaciones y los coloquios⁸. Dejemos que los etnólogos discutan sobre la cuestión; en cuanto a los bosquimanos, les importa poco, por más que les hayan consultado.

La confección de fundas penianas, aunque sean muy rudimentarias, exige pocos materiales e ingenio. Tal vez sea todavía más elemental el delantal que sirve para ocultar el sexo, simple si se trata de la parte delantera, doble en caso de tratarse de la delantera y de la trasera. Cualquier cosa sirve para cumplir ese papel. De creer a la Biblia, se remonta a los orígenes y procedió de un reflejo, el último trozo del fruto prohibido tragado (que además se le quedó atravesado en la garganta a Adán), Eva no tuvo más que extender la mano una vez más para cortar unas hojas y ocultar su vergüenza y la de su esposo tras «un cinturón de hojas», hojas de higuera, queda claramente especificado, para expresar la medida de su vergüenza. Y no de parra, como se ha pretendido desde que los mosaístas carolingios se inspiraron en obras bizantinas. Estos artistas francos no conocían la higuera mediterránea. Por eso se ha llegado a

considerar el fruto prohibido como un higo, y no como una manzana. Pero ésa es otra historia⁹.

Las mujeres Lobi, a uno y otro lado de la frontera entre Costa de Marfil y Burkina Fasso, no conocen para nada la Biblia pero todavía ponen a salvo su virtud mediante ramilletes de hojas frescas, que renuevan y eligen por sus colores cada día. Las preferencias de las amas de casa *mangebetus* del centro de África —amas de casa de las que no podríamos decir realmente si van desnudas, si tenemos en cuenta los tatuajes de jugo de gardenia con que se cubren de la cabeza a los pies— son también las hojas, pero secas y reunidas en un complicado trenzado geométrico. En el fondo de la selva neocaledonia, en el otro extremo de la Tierra, también se encuentra todo en el bosque, por ejemplo, gruesas hojas de *cordyline*, esa famosa palmera de flores de crisantemo que, pasadas por el fuego, se convierten en el mejor y más ligero frontal para ocultar el sexo, que completan con un ramo de hojas más pequeñas entre los muslos.

También se puede utilizar, en Oceanía, una especie de gran borla de fibras de *pandanus* anudadas, tal vez más eficaz que aquellas que tanto sorprendieron a ese aventurero bien pensante que fue Mackenzie, cuando visitó a los «costillas de perro» del noroeste canadiense. En el norte de Australia, en el *bush* de las llanuras de Kimberley, los aborígenes locales, por regla general desnudos como la mano, saben conciliar sin embargo pudor y elegancia, cuando necesitan hacerlo, con joyas para ocultar el sexo: en el Museo del Hombre de París se puede ver el ejemplar de un colgante de nácar madreperla inciso y pasado por el ocre o el negro de humo. Grupos costeros recogen la materia prima, y la truecan con las gentes del interior, con o sin decoración. Un agujero practicado en la parte superior permite unir la concha a un trenzado de pelo humano. También puede llevarse alrededor del cuello, si el pudor no es el

problema número uno de la persona que lo lleva. En una vitrina, esa joya es muy hermosa.

Aunque, al menos a nuestros ojos, no pueda decirse que sea muy bello, el vestido hecho a partir de corteza machacada de los muy púdicos angas de Nueva Guinea sigue siendo, de todos modos, uno de los más sorprendentes. Los rituales de su fabricación extremadamente codificada nos ofrecen la imagen de una sociedad cuya «estructura fundamental es la jerarquía entre los sexos», como decía M. Godelier, que los conocía¹⁰.

Esta vestimenta de los angas consiste, ante todo, en un *pulpul*, una especie de taparrabos para ocultar el sexo, enorme y ventral para los hombres, o recto y que cubre las dos caras de la parte inferior del cuerpo para las mujeres y los jóvenes, pero que deja al descubierto a menudo el lado de los muslos. Encima llevan una o varias capas protectoras, fijadas a la cabeza o al cuello, algo más largas que la espalda, entre las que las mujeres deslizan una o varias cuerdas de transporte, los *libum*, que según las circunstancias pueden contener, por separado o de forma simultánea, leña para calentarse, enormes raíces de taro, el niño pequeño o un lechal... La mujer nunca deja de ir cargada con algo.

Todas las piezas de la ropa y las cuerdas de transporte están fabricadas a partir de corteza machacada, en «tejido trenzado» (*maro*) para las capas, en laminillas estiradas para los taparrabos, en hilas cordadas para las cuerdas y los cinturones. Esa corteza es separada cuidadosamente del líber de diversos ficus o de la *broussonetia papyrifera*, según las preferencias de cada tribu. Asimismo, se utiliza el junco partido y desmedulado para la vestimenta que tapa el sexo. Pero, aunque la poda de los árboles es un trabajo masculino, los adornos para hombre y los adornos para mujer no provienen del mismo árbol. Por regla general, la especie que utiliza el hombre está cultivada, mientras que la especie de la mujer es salvaje.

A partir de la iniciación completa, los hombres llevan un corto *maro*-taparrabos, una especie de capa fruncida en su parte superior. Colgado alrededor del cuello, el *maro*-taparrabos cubre perfectamente la parte inferior de la espalda, que no oculta el *pulpul* ventral porque «entre los angas no se va con las nalgas desnudas». El *maro*-taparrabos largo queda recogido alrededor de la cintura por un cinturón de lianas de orquídea trenzadas o de juncos, y de este modo forma un pliegue en torno a los riñones en el que se puede guardar un pequeño refrigerio o incluso el perrillo favorito. El primer grado de la iniciación masculina, materializado por la perforación del *septum* donde se cuelga un hueso largo y recto que adorna la nariz desde la adolescencia, sólo da derecho al taparrabos ventral y a la gran capa colgada de la parte superior de la cabeza. Esa capa en forma de campana se ciñe alrededor de la cintura para que se pegue bien a las nalgas y no mostrarlas. También conviene ahuecarse la parte superior a fin de que el joven, al volver la cabeza, pueda ocultar su cara si encuentra a una mujer en su camino, aunque sea su propia madre, que en ese momento se convierte en tabú.

Maro-taparrabos o capas no duran doce lunas y entonces se tiran para ser sustituidos. En cambio, el *pilpil* ventral masculino, de largas laminillas de cortezas machacadas o de junco *Eleocharis* hendido y machacado, no se tiran nunca porque representan toda la vida de un hombre, creciendo cada año hasta convertirse en ese enorme paquete que un viejo no podría rodear con sus brazos. Los etnólogos llaman a esa curiosa prominencia un *sporrán*, por analogía con la bolsa de pieles que los escoceses llevan delante de su *kilt*. En el primer estado iniciático, cuando los niños se desprenden de su taparrabos circular de niño, generalmente de junco o, en ciertas tribus, de corteza machacada y en hilachas (mientras que las niñas deben contentarse con corteza sin machacar, más rígida), esos críos se ponen

entonces el *pilpil* ventral que no abandonarán nunca y al que añadirán, en cada circunstancia importante, una nueva hilera de fibras por delante y por encima de lo que representa el estado anterior. Con cada luto, se cortan las puntas de la última hilera. Ese taparrabos ventral presenta formas variadas según las tribus: triangular, rectangular, asimétrico... Y los hombres angas no parecen nada incómodos con esa voluminosa masa, todo lo contrario.

Por supuesto, a su debido tiempo hablaremos de las técnicas del apaleo de corteza, pero nos parece interesante anotar aquí lo complicadas que nos parecen en esa sociedad, de una gazmoñería muy original en un estadio apenas neolítico, la vida y sobre todo la confección de las ropas: las complica una dicotomía sexual muy exigente. Pierre Lemonnier, que tan bien ha estudiado a los angas, olvida no sólo su latín sino la docena de dialectos angas que conoce¹¹. Constata, aún más que la jerarquía entre los sexos evocada más arriba, «la oposición entre hombres y mujeres, que aquí es la más determinante y la más marcada». Esa incompatibilidad surge en todos los niveles de la elaboración y del porte de la ropa, incluida la discriminación de los materiales.

Así, incluso en caso de lluvia, de barro o de estiércol, nunca se ponen sobre una capa cualquiera cortezas o fibras destinadas al *pilpil* que cubrirá la parte inferior del cuerpo de una mujer. Y ello debido a que es en una capa similar donde se puede transportar el alimento para las comidas. Sólo la potencialidad de una prenda para tapar el sexo femenino mancillaría la eventualidad de una comida masculina. Tales tabúes sólo se observan para el vestido y el alimento. El profano puede quedar asombrado al constatar cuán connotados se hallan los simbolismos de indumentaria y alimentarios. Al estudiar sociedades similares de América, Lévy-Strauss las ha convertido en la materia de sus *Mythologiques*. Más fuerte que la noción de pecado, el

tabú únicamente necesita el horror que inspira para ser respetado.

Mucho más amables son, por el contrario, las costumbres de los pastores, en el sur del Níger, en África. Entre esos grupos, los jóvenes casaderos sólo llevan un delantal de piel de cabra curtida cuya forma se ha conservado, y que va adornada de pirograbados repasados con índigo. Durante las fiestas, las muchachas eligen sus esposos... ¡por la belleza de su indumentaria! Y, siguiendo con pastores, pero en esta ocasión en el Sudán nilótico, también llevan delantales masculinos, de tela muy rudimentaria, bordados de perlas de vidrio y de cauri, unas pequeñas conchas de fuerte simbolismo femenino.

Gracias al clima, que en realidad no impone otra cosa que el uso de la más elemental de las ropas, la prenda que oculta el sexo de uno o dos faldones o el pequeño taparrabos enrollado ha pervivido en las costumbres de todas esas sociedades que apenas se han modificado desde hace milenios. En cuanto a los primeros ejemplos, cronológicamente, que poseemos por lo que atañe a los países occidentales u occidentalizados, podemos hacernos de cualquier modo una idea por las pinturas y los grabados rupestres del hemisferio Norte, casi contemporáneos de los que existen en África del Sur y que hemos evocado anteriormente. Entre los milenios XII y V de nuestra era, una gran bocanada artística sopló sobre las paredes de los refugios y las grutas.

Las representaciones humanas son más bien raras en el vasto conjunto franco-cantábrico (suroeste de Francia con Lascaux, Pirineos y Asturias, con Altamira), salvo algunos grafitos simbólicos, pero el Levante español que les sucede o el Tassili del norte de África ofrecen materia suficiente para satisfacer la curiosidad. Aunque, por regla general, las pequeñas siluetas estilizadas aparezcan más tocadas que vestidas, no obstante se puede verificar el uso de taparra-

bos, bastante cortos para los hombres. Los de ciertas mujeres, a menos que sean vestidos muy ceñidos a la cintura, ¡tienen la longitud «Chanel»! En cambio, podríamos creer que el niño paleolítico no lleva ningún tipo de ropa.

Conocemos muy bien, por ejemplo, el cazador de ciervos en la pintura negra del Levante español. Junto con su gorro de orejeras, lleva con toda certeza un taparrabos alrededor de las caderas. Muchos de sus contemporáneos utilizan también canilleras de piel. También son de piel, desde luego, los taparrabos de doble falda o las faldas de las mujeres de la gruta de Cogul, porque no se han encontrado accesorios de tejer que se remonten a esa época. Las faldas llamadas «de colas» parecen balancearse a los lados. Los eruditos se han concentrado con mucha seriedad sobre ese extraño corte. Podría resultar que se tratase de una deformación, normal tratándose de un cuero de mala calidad. A menos que se hayan guardado principios de patas y de cola...

¿Son de cuero los taparrabos-delantal de la pintura llamada «de los bueyes» del yacimiento de Jaltaren del Tassili de los ajjer? Ese fresco policromo los representa rojos o blancos. Ahora bien, hacia el año 3500 antes de Cristo, esos antepasados de los peulhs tampoco conocían todavía el tejido. Las mujeres abandonaron el taparrabos por largas faldas hasta los tobillos. El proceso estaba en marcha...

Pasemos a la estatuaria: la famosa *Venus Calípige* de Lespugue, del museo francés de antigüedades nacionales, lleva una curiosa vestimenta para ocultar el sexo, que excede bajo sus enormes nalgas. La alineación de acanaladuras que lo determina ha llevado a pensar en una franja de hierbas gruesas o de juncos, como en los angas de Nueva Guinea. Pero ciertos especialistas se inclinan por tiras de piel. Ese mismo material cordado se encuentra en un taparrabos corto que rodea las caderas de una estatuilla de las primeras edades del bronce, del Museo Nacional de Copenha-

gue. Mucho más antiguas, por ser del paleolítico, sartas de pequeñas conchas cuyo montaje —sin duda de cuero— no ha soportado las pruebas del tiempo, son todo lo que queda de los taparrabos que salvaban el pudor de los esqueletos hallados en la Cueva de los Niños, en Grimaldi, cerca de Menton.

El taparrabos, naturalmente, ha sido de uso cotidiano entre todos los pueblos neolíticos del Mediterráneo. Pero es en Creta donde tenemos que desembarcar. Como los compañeros de Eneas cuando recibieron la orden de los dioses de volver a la cuna de su raza, *antiquam exquirite matrem...* (Virgilio, *Eneida*, III, 94 y siguientes).

Creta, la vieja madre. Cnossos, cuna de una civilización que permitió a los griegos crear la que se ha convertido en la nuestra. Sin embargo, Creta no aparece en la prehistoria hasta los comienzos del neolítico.

Según los documentos cronológicamente más remotos, los cretenses hilaban y tejían la lana. Pero en la época en la que todavía no existe documento alguno, esas gentes, cazadores por excelencia, no tuvieron para vestirse otra cosa que pieles de animales. No lo olvidaron nunca, de forma que la famosa falda llamada «de colas» de las mujeres de Cogul, y cuyo patrón era universal en tiempos del magdalenense, todavía figura en las obras de arte egeo para la representación de escenas rituales. Y podemos preguntarnos, porque el mundo de antaño parece casi tan pequeño como el de ahora, si las mujeres de Cogul, reagrupadas de dos en dos en medio de una ronda de animales, no eran de hecho las sacerdotisas de un culto muy difundido en el neolítico, sobre todo cuando un toro semejante a los del primer plano era divinizado en Creta, como es sabido... ¡Cuán reveladora puede ser la indumentaria, aunque sea primitiva (y sobre todo si es primitiva, es decir, antigua)!, mostrándonos de ese modo hasta qué punto fue y sigue siendo única la memoria de la raza humana, indivisible y

apta para responder a todas las preguntas, siempre que se sepan hacer bien.

En la Creta de las primeras edades, hombres y mujeres siguen yendo con el torso desnudo, por regla general, y una blusa como la de la famosa «Parisiense» no será más que una coquetería más, un joyero destinado a valorizar el pecho. Pero todo el mundo continúa disimulando la zona de las caderas. De hecho, la desnudez griega no aparecerá sino con otra raza, en el II milenio. El hombre ya no ocultará nada después de la invasión doria, esos indoeuropeos guerreros de las estepas. El pudor de los prehelenos pasará, como recuerdan Herodoto o Tucídides, por un prejuicio de bárbaros. En nuestro tiempo, nosotros diremos casi lo contrario...

Los minoicos conservaron, por tanto, de sus más remotos antepasados el principio básico de su indumentaria, el taparrabos corto, tan práctico. Cuando el taparrabos se alargue hasta formar una falda, vestido esencialmente femenino (nunca se podrá explicar bien esa evolución, que además ofrece ejemplos de excepciones asiáticas), también será llevado por hombres como traje de ceremonia en los palacios o en los lugares sagrados.

Ya volveremos a esa feminización de las ropas de culto o simplemente de las ropas. Algunos ven en ella, incluso en Creta, los últimos días de un matriarcado que no puede olvidarse, y que sigue subsistiendo en los mensajes míticos.

Exactamente igual que el *schenti* egipcio, el taparrabos pequeño seguía siendo la vestimenta masculina habitual de la Antigüedad, y vemos que lo llevan tanto los trabajadores de los campos o los pescadores como los altos dignatarios o los príncipes. A pesar de su sencillez, es susceptible de diferentes cortes, sobre todo cuando se haga en tela, sea ésta rígida o flexible. Incluso el taparrabos de cuero puede prestarse a variaciones creativas. A veces, da la vuelta a los muslos o incluso a las rodillas, auténtica falda corta; en

otras ocasiones muy escotado sobre las caderas para alargar el muslo como los cortes actuales de los slips llamados brasileños, cae en dos frontales. Lo vemos en muchas estatuillas, como la famosa figurilla decapitada de Petsofa.

Muy arcaico, el taparrabos de cuero minoico se remata por detrás en una punta que se alarga y se dobla con el uso, indudablemente el principio de la cola del animal. Lo vemos claramente en el famoso *rhyton* o vaso cónico de los boxeadores de *Haghia Triada*, verdadera tira cómica, aunque mejor sería decir que en vez de dibujada está esculpida, de los juegos gímnicos de la época. Con el alargamiento en forma de falda, para las mujeres, igual que para los hombres tratándose de traje de ceremonia, no se olvida sin embargo el pequeño taparrabos ancestral que se lleva en forma de delantal, y también sobre los miriñaques femeninos. Podemos hacernos una idea del lujo eventual del taparrabos corto por las pinturas murales de las tumbas egipcias. La tumba de Rekmara, en Tebas, por ejemplo, muestra unos portadores de tributos cretenses reconocibles por sus buclecitos en la parte superior del cráneo, por encima de unos cabellos largos (los egipcios los llamaban el pueblo de Kefti y la Biblia el pueblo de Kaftor), utilizan soberbios taparrabos abigarrados, bordados de galones de brocado, y cortados en forma de punta de la cintura a las rodillas.

En todas las Cícladas se utiliza el taparrabos cretense, pero en el continente asiático, lo mismo que en el Peloponeso, cuando éste sea influido por Asia y por los dorios, se cierra y se convierte en calzón o pantalón corto. Ahora diríamos que se convierte en *short*. Una estatuilla encontrada en Kampos, Laconia, muestra esa transformación: el taparrabos, en realidad una banda sujeta a la cintura por la parte inferior de la espalda, pasa entre las piernas y se une delante, bajo el estómago. Más tarde, adoptará su forma definitiva de calzón cuando se descubra el corte y la costura. Esa vestimenta precedió a la túnica en Italia: será el *su-*

bligatum de la colonización griega. Conservado durante mucho tiempo por campesinos y campesinas, perdurará durante la Edad Media, como lo demuestra la abundante iconografía de las miniaturas e iluminados. En todas las regiones subtropicales, desde el Atlántico al Pacífico, el trapo enrollado sigue siendo el traje universal del subproletariado, marinos pescadores, campesinos, obreros... Al volver a su país, arrojando a las ortigas el vestido de tres piezas de los «evolucionados», adoptará definitivamente la larga banda enrollada del *khadi* (tela de algodón) por todo el símbolo político y espiritual que representa.

En 1842 Max Radiguet encontró melanesios apenas diferentes: «Todos iban desnudos, salvo un cinturón que les ceñía los riñones y colgaba por delante y por detrás. Sin embargo, podría considerárseles vestidos, porque iban totalmente cubiertos por elegantes figuras de tatuaje.» Las gentes del centro de Nuevas Hébridas, igual que los neoguineanos, trabajan con mucha finura la corteza de morera o de *pandanus*, que adopta entonces el aspecto de una muselina muy ligera. Pasada entre las piernas, cae en dos faldones, ceñidos a la cintura por un lazo. Lo encontramos, sobre todo, al oeste de Madagascar, donde los ganaderos sakalavas (o sakalavos) más humildes se contentan también con un trozo grande de fibra golpeada. Sus compatriotas del sur, los mahafaly, en otro tiempo bandidos profesionales y que aún son designados como «ladrones de bueyes», continúan utilizando el tradicional e interminable *salaka*. Esa banda de 3 ó 4 metros de largo, en tejido rústico de algodón, incluso de cardazo de seda de araña para las grandes ocasiones, da varias veces vuelta a la cintura, pasa entre los muslos y termina en un largo faldón, con frecuencia adornado con flecos o bordado.

La banda-cinturón para ocultar el sexo también fue providencia de las Américas. Podríamos citar su mejor ejemplo, el traje azteca, tal como lo encontraron los conquista-

dores. Dejando a los militares su obra de destrucción, a los religiosos se les ocurrió a veces la buena idea de coleccionar documentos antes de que fuera demasiado tarde. Gracias a ello poseemos varios *codex*, verdaderas tiras dibujadas, ejecutadas por orden de esos misioneros por artistas locales generalmente mestizos; nos proporcionan informaciones preciosas relativas a los usos y *costumes* [costumbres, vestidos] de ese mundo en agonía. Dos de las recopilaciones tal vez más hermosas, el *Codex Mendoza* y el *Codex Borbonicus* conservado en la biblioteca de la Asamblea nacional francesa, permiten dar un salto en el espacio y en el tiempo, desde el siglo XV a finales del siglo XVI.

En ellos se ve a la mayoría de los aztecas varones prácticamente desnudos bajo una corta esclavina, al modo de las capas de los angas de Nueva Guinea. Una amplia bandacinturón de tela, el *maxtlat*, rodea la cintura. Una especie de nudo de corbata en forma de cruz provista de asa mantiene los faldones de la banda, tapando el sexo de un modo flotante, desde el vientre a las rodillas aunque las nalgas queden al aire.

Desde principios del siglo IV hasta finales del siglo XVII, la capa de los mayas fue mucho más larga, puesto que llegaba hasta el suelo. Como indican los frescos o los bajorrelieves, aunque cubría perfectamente la espalda, también se abría, con la misma amplitud, sobre un tapa-vergüenzas anudado, similar al de los premexicanos.

A medio camino de la *salaka* malgache y del *sarong* indonesio, el *ta'ovala* tradicional y apreciadísimo por los tongianos (de la isla Tonga, en Polinesia occidental), tiene por origen un taparrabos de corteza macerada, el *tapa*, para las familias de jefes, o de hojas reunidas para los demás. Este taparrabos cruzado alrededor de las caderas llevaba el nombre de *vala* y podía llegar hasta los tobillos o bajo los muslos cuando quien lo llevaba tenía sobre las piernas un tatuaje ritual que deseaba mostrar. El pecho quedaba siem-

pre desnudo, en ambos sexos. En presencia de un jefe, o en el transcurso de una ceremonia, se llevaba «por respetuosa decencia», encima del taparrabos *vala*, un ancho cinturón trenzado de hojas de palmera *pandanus* deshilachadas: el *ta'ovola*, que en pidgin quiere decir el *ta on vala*, el cinturón sobre el *vola*.

Tras dos siglos de esfuerzos, los misioneros impusieron una blusa o una camisa sobre una falda-sarong para sustituir al *vala*, falda más o menos larga según el sexo (¡adivínelo!). La «respetuosa decencia» del *ta'ovala* sigue siendo actualmente indispensable, en la vida cotidiana. Está bordado con franjas y plumas. Un cierre de rafia compite con la fina y flexible cestería, pero la rafia plástica recuperada de los sacos de arroz o de cereales importados de Australia es el último grito.

A pesar del progreso, nada supera al respeto que inspira el *ta'ovala* más antiguo posible. Marie-Claire Bataille cuenta, en el catálogo de la exposición *Esplendores de los trajes del mundo*, de 1978-1979, en el Museo del Hombre, cómo la famosa reina Salote iba vestida para recibir a su colega Isabel II de Inglaterra: llevaba un *ta'ovala* usado hacía seis siglos. ¡Verdaderamente la elegancia suprema!

La «respetuosa decencia» del *ta'ovala* ilustra perfectamente cómo desde los púdicos egeos a los mojigatos angas, la desnudez del pecho femenino no reviste importancia. Los senos están destinados a la lactancia de los niños, por tanto son respetados y no ofrece un señuelo erótico. La mujer joven está orgullosa de su belleza, la mujer mayor lo está de su marchitez. Por otra parte, las representaciones medievales de la Virgen con el Niño expresaban tal devoción por la madre que ello eliminaba el mal en una blusa abierta, todo lo contrario... Una de las imágenes más hermosas del film inspirado en *El nombre de la rosa* muestra al más puro de los angélicos franciscanos adorando una representación de la divina comida.

USOS Y COSTUMBRES DE LOS NUDOS

El nudo y el cinturón tienen muchos puntos en común, que terminarán encontrándose en la corbata, ese ritual y coercitivo accesorio de los signos y convenciones sociales.

Del nudo-ligadura, primera técnica de unión de las pieles, del hilo, de la cestería, de la fibra y del tejido, descienden en línea recta la costura y el punto. Existen aproximadamente 4.000 nudos diferentes; Clifford W. Ashley ha censado más de 3.800. Los esquimales, por ejemplo, emplean desde hace milenios, para la costura de las pieles, nudos de zurradores con ayuda de tripas de foca, destinados a volver completamente estancos los trozos de pieles unidas que constituirán su traje y asegurarán su supervivencia.

Es también el gran nudo lo que caracteriza los vestidos sin costura de los guerreros aztecas. E incluso el más horrible de los vestidos, una piel humana de víctima despellejada viva, se anuda artísticamente alrededor de Totec, el viejo dios de la Vegetación y de la Orfebrería, como puede verse en un busto de piedra volcánica en el Museo del Hombre de París.

Los nudos y las ligaduras, cuyas diversas significaciones no se han perdido de la memoria colectiva, codificados o convertidos en verdaderas obras de arte bajo la inspiración personal, siguen evocando en el inconsciente creencias mágicas, relatos míticos, incluso cuando se trata de prácticas tradicionales que atestiguan una destreza rara, como en los marinos y los mozos de cuerda. Su seguridad debida a la perfección y su solidez son como una amenaza, un desafío, aunque sólo fuera por la imitación, a la destrucción. De hecho, siempre hay una astucia que debe ser hecha o deshecha, que sigue resistiendo a la magia (¡aquí no hablaremos del nudo gordiano!). Las representaciones de nudos y almocárabes aparecen de forma constante en el arte, céltico, árabe o indio, por ejemplo, y forman la mayoría de los motivos de bordados. Según los iluminados medievales, tanto Leonardo da Vinci como Durero, se interesaron apasiona-

damente por ellos, como fascinados por su simbolismo y la meditación que engendran.

Por ejemplo, el viejísimo nudo de Isis, en forma de cruz con asas, que representa poco más o menos nuestro actual nudo de corbata, fue un nudo mágico, símbolo de eternidad o de la energía vital identificada con la «suprema diosa» de los egipcios. Entre los japoneses, herederos de los coreanos en este verdadero arte del nudo, los nudos poseen todo un vocabulario que especifica cada parte y cada aspecto, lo mismo que cada giro de la mano. Su realización proclama lo sagrado y e impide al mal seguir su camino. En efecto, las dos primeras divinidades cuyo abrazo y cuyo enlace dio nacimiento al mundo son los musubi, los *anudadores* o los *anudados*. El nudo es, por tanto, el símbolo esencial del matrimonio nipón, de igual forma que ha florecido, en metáforas, en toda la literatura clásica francesa («Y si queréis satisfacer mi anhelo /un santo nudo desde mañana nos unirá a los dos», dice Molière, que no falla en su visión.)

En Rusia, los nudos juegan todavía un papel importantísimo en el amor y los ritos del matrimonio. En provincias siempre se ven trajes de novia que llevan un cinturón trenzado con numerosos nudos destinados a preservar del mal de ojo. Hace mucho tiempo, los nudos en los vestidos constituían la única magia considerada eficaz contra los ataques de lobos y de osos, e incluso preservaban de la muerte prematura, dado que el oficio de la muerte es desatar el alma de los diferentes lazos que la unen al cuerpo. Es decir, si los nudos de los pañuelos y de los cinturones rodean las regiones más vitales del cuerpo, pecho y cintura, son importantes. ¿Quién es consciente ahora de eso? Más aún, en Europa central, el alma vagabunda, presta a investir una nueva criatura humana, sólo podía hacerlo a condición de desatar el cinturón del guardián espiritual de la comunidad, el pope entre los ortodoxos, el cura entre los católicos, el rabino entre los judíos. Con un ecumenismo perfecto, todos esperaban el anuncio de un próximo nacimiento tras cada suceso fortuito de este tipo. Lo saben bien los marroquíes, por-

que el marido no puede tener relaciones fecundas con su mujer sino a condición de desanudar los siete nudos de sus ropas. Tal vez por eso, en la Francia medieval, el marido no podía hacer nada de nada cuando alguien había anudado taimadamente sus agujetas.

Si los nudos en forma de amuletos o de hechizos como los *ody fitra* malgaches, por más simples que sean, constituyen una gran parte de la panoplia mágica universal, los vestidos anudados están prohibidos a veces. Tal vez a causa de todo esto. En Roma, por ejemplo, el *Flamen Dialis*, sumo sacerdote de Júpiter, ni siquiera debía llevar un nudo decorativo encima, «ni en el gorro ni en el cinturón». El peregrino musulmán que se dirige a La Meca debe someterse siempre a la misma prohibición. En nuestros campos, las mujeres encinta y las parturientas tienen mucho cuidado con los nudos, por metonimia con el cordón umbilical que puede estrangular al bebé.

Entre los baulés, tribu akán de Costa de Marfil, el nudo es uno de los símbolos de la palabra. Pertenece por ello al Amo de la Palabra, que permanece al lado de los grandes jefes, porque sabe encontrar los puntos importantes de los discursos. Sí, el nudo habla... Más incluso, la forma de anudar es un lenguaje. La forma de anudar su madrás, entre las martiniquesas, habla mucho de su vida sentimental, lo cual previene cualquier desprecio en sociedad: «Soy fiel», «busco novio», «estoy prometida», «estoy casada», «estoy viuda»...

El nudo sabe relatar y contar: tenemos la prueba en los *quipu* peruanos que, entre los incas, llevan las crónicas y las cuentas de la nación. Otra prueba más: las franjas anudadas según reglas muy precisas en las cuatro puntas del chal de rezo judío, el *tsitsith*. El número de vueltas que se da en cada punta por una serie de cinco nudos es de treinta y nueve, que corresponde al valor numérico de la frase «El Eterno es uno», por tanto el signo visible del Dios invisible. Y hay más, si añadimos el número de hilos de cada punta del chal (ocho), al número de nudos de cada serie (cinco), más el valor numérico de la palabra *tsitsith* obtenemos el

número 613, que corresponde al número total generalmente aceptado de los preceptos de la Torá. Y ello para recordar que la Torá ha sido revelada.

¡Para no olvidarlo, basta con un simple nudo en el pañuelo!